que en determinado punto del espacio y de la duración de un hombre ha realizado al pie de la letra los rasgos que nos presenta? Nada gana la pintura de un carácter sublime con su conformidad con un héroe real. El Jesús verdaderamente admirable está al abrigo de la crítica histórica; tiene su trono en la conciencia y no será reemplazado más que por un ideal superior; es rey todavía por largo tiempo. ¿Qué digo? Su belleza es eterna; su reinado no tendrá fin. La Iglesia ha sido aventajada y se ha sobrepujado ella misma; Cristo no ha sido aventajado. Mientras un noble corazón aspire á la belleza moral, mientras tanto un alma elevada se estremezca de gozo ante la realización de lo divino, el Cristo tendrá adoradores por la parte verdaderamente inmortal de su ser. Pues no nos engañemos y no extendamos demasiado los límites de lo imperecedero. En el mismo Cristo evangélico morirá una parte: la forma local y nacional, esto es, el judío, esto es, el galileo; pero quedará otra parte: el gran maestro de la moral, el justo perseguido, aquel que dijo á los hombres: «Vosotros sois hijos de un padre celestial.» El taumaturgo y el profeta morirán, quedará el hombre y el sabio, ó mejor dicho, la eterna belleza vivirá para siempre en este nombre sublime como en todos los que la humanidad ha escogido para acordarse de lo que es y embriagarse en su propia imagen. He aquí el Dios vivo, he aquí al que es preciso adorar.

Mahoma y los orígenes del Islamismo

Todos los orígenes son obscuros y los orígenes religiosos aún más que los otros. Producto de los instintos espontáneos de la naturaleza humana, las religiones no se acuerdan de su infancia como el adulto no se acuerda de la historia de su primera edad y de las fases sucesivas del desarrollo de su conciencia: crisálidas misteriosas no aparecen á la luz del día más que en la perfecta madurez de sus formas. Sucede con el origen de las religiones como con el origen de la humanidad. La ciencia demuestra que en cierto momento, en virtud de las leyes naturales que hasta entonces habían presidido al desenvolvimiento de las cosas, sin excepción ni intervención exterior, el ser pensante ha aparecido dotado de todas sus facultades y perfecto en cuanto á sus elementos esenciales; y sin embargo, querer explicar la aparición del hombre sobre la tierra por las leyes que rigen los fenómenos de nuestro globo desde que la naturaleza ha cesado de crear, sería abrir la puerta á tan extravagantes imaginaciones, que ningún espíritu serio querría detenerse en ellas un instante. Es indudable aún que en determinado día, por la expansión natural y espontánea de sus facultades, improvisó el len-

guaje; y no obstante, ninguna imagen tomada del estado actual del espíritu humano puede ayudarnos á concebir este extraño hecho de imposible producción en nuestro medio reflexivo. Igualmente hay que renunciar á explicar por procedimientos asequibles á la experiencia los hechos primitivos de las religiones, hechos que nó tienen análogos desde que la humanidad perdió su fecundidad religiosa. Frente á la impotencia de la razón reflexiva para fundar la creencia y disciplinarla, ¿cómo no reconoceríamos la fuerza oculta que en ciertos momentos penetra y vivifica las entrañas de la humanidad? La hipótesis supernaturalista ofrece tal vez menos dificultades que las soluciones frívolas de los que abordan los problemas de los orígenes religiosos sin haber penetrado los misterios de la conciencia espontánea; y si para rechazar esta hipótesis fuera preciso haber llegado á una opinión racional sobre tantos hechos verdaderamente divinos, bien pocos hombres tendrían derecho á no creer en lo sobrenatural. ¿Sería cierto, no obstante, que la ciencia debió renunciar á explicar la formación del globo, porque los fenómenos que le han conducido al estado en que la vemos no se reproducen ya en nuestros días en una gran escala? ¿Que debiera renunciar á explicar la aparición de la vida y de las especies vivientes, porque el período contemporáneo ha dejado de ser creador? ¿A explicar el origen del lenguaje porque no se crea ya lenguas? ¿El origen de las religiones porque ya no se crea religiones? No, ciertamente. Es obra de la ciencia, obra infinitamente delicada y á menudo peligrosa, adivinar lo primitivo por las fábulas de sí mismo que ha dejado trazadas. La reflexión no nos ha alejado de tal modo de la edad creadora, que no podamos reproducir en nosotros el sentimiento de la vida expontánea. La historia, por avara que sea para las épocas no conscientes, no es enteramente muda; ella nos permite, si no abordar directamente las cuestiones de origen, á lo menos abordarlas por el exterior. Después, como nada es absoluto en las cosas humanas, y no hay en el pasado dos hechos que en rigor entren en la misma categoría, tenemos matices intermedios para representarnos los fenómenos inaccesibles al estudio inmediato. El geólogo encuentra en las lentas degradaciones del estado actual del globo datos para explicar las revoluciones anteriores. El lingüista asistiendo al fenómeno del desarrollo de las lenguas, que se prosigue á nuestra vista, y es llevado á descubrir las leyes que han precedido á la formación del lenguaje. El historiador, á falta de los hechos primitivos que han señalado las apariciones religiosas, puede estudiar degeneraciones, tentativas abortadas, semi-religiones, si puede así decirse, que ponen á descubierto, aunque en proporciones más reducidas, los procedimientos por los cuales se han formado las grandes obras de las épocas de irreflexión.

El nacimiento del islamismo es, bajo este aspecto, un hecho único y verdaderamente inapreciable. El islamismo ha sido la última creación religiosa de la humanidad, y por muchos conceptos, la menos original. En lugar de ese misterio bajo el cual las otras religiones envuelven su cuna, ésta nace en plena historia; sus raíces están á flor de tierra. La vida de sus fundadores nos es tan conocida como la de los reformadores del siglo XVI. Podemos seguir año por año las fluctuaciones de su pensamiento, sus contradicciones, sus debilidades. Fuera de allí los orígenes religiosos se pierden en las sombras del sueño; el trabajo de la crítica más refinada apenas basta para discernir lo real bajo las apariencias engañosas del mito y de la leyenda. El islamismo, al contrario apareciendo en medio de una reflexión muy avanzada, carece completamente de lo sobrenatural. Mahoma, Omar, Alí, no son ni videntes ni iluminados, ni taumaturgos. Todos saben muy bien lo que hacen; ninguno se engaña á sí mismo; cada

uno de ellos se ofrece desnudo al análisis con todas las debilidades de la humanidad.

Gracias á los excelentes trabajas de MM. Weil y Caussin de Perceval, se puede decir que el problema de los orígenes del islamismo ha llegado en nuestros días á una solución casi completa. M. Caussin de Perceval sobre todo, ha introducido en la cuestión un elemento capital por los datos nuevos que ha facilitado sobre los antecesores y los precursores de Mahoma, asunto delicado al que antes de él no se había prestado atención. Su excelente obra quedará como un modelo de esa erudición exacta, sólida, libre de toda conjetura, que forma el carácter de la escuela francesa. La finura y la penetración de M. Weil aseguran á sus trabajos sobre el islamismo un lugar distinguido. Bajo el concepto de la elección y de la riqueza de las fuentes, su obra es, no obstante, inferior á la de nuestro sabio compatriota, y podría reprochársele conceda demasiada confianza á autoridades turcas y persas que no tienen en la cuestión presente más que bien poco valor. América é Inglaterra se han ocupado también de Mahoma: un novelista muy conocido, M. Washington Irving, ha referido su vida con interés, pero sin demostrar un sentimiento histórico muy elevado. Su libro atestigua, sin embargo, un verdadero progreso, cuando se reflexiona que en 1829 M. Charles Forster publicaba dos gruesos volúmenes muy del agrado de los reverendos, para establecer que Mahoma no era otra cosa sino «el cuernecillo de macho cabrío que figura en el capítulo VIII de Daniel, y que el papa era el gran cuerno». M. Forster fundaba sobre este ingenioso paralelo toda una filosofía de la historia, según la cual el papa representaría la corrupción occidental del cristianismo, y Mahoma la corrupción oriental; de ahí las semejanzas notables del mahometismo y del papismo.

Sería curioso escribir la historia de las ideas que las na-

ciones cristianas se han formado de Mahoma, desde los relatos del falso Turpin sobre el ídolo de oro *Mahom* adorado en Cádiz, y que Carlomagno no se atrevió á destruir por temor á una legión de demonios que en él estaba encerrada, hasta el día en que la crítica ha devuelto, en un sentido muy real, al padre del islamismo, su título de profeta. La fe virgen de la primera mitad de la Edad Media, que no tuvo sobre los cultos extraños al cristianismo más que las más vagas nociones, se figuraba á *Maphomet*, *Baphomet*, *Bafum*, como un falso dios, al que se ofrecía sacrificios humanos. Fué en el siglo XII cuando Mahomet comenzó á pasar por un falso profeta y cuando se pensó seriamente en descubrir su impostura. La traducción del Corán hecha por orden de Pedro el Venerable, las obras de polémica de los Dominicanos y de Raimundo Lulio, los antecedentes aportados por Guillermo de Tyr y Mateo Pâris contribuyeron á difundir más sanas ideas sobre el islamismo y su fundador. Al ídolo *Mahom* sucede el heresiarca *Mahomet*, colocado por Dante en una región bastante honorable de su infierno (XXVIII, 31), entre los sembradores de discordias, con Fra Dolcino y Bertrand de Born. Esto era ya señal de una revolución operada en las conciencias. En las épocas de fe verdaderamente ingenua ó bien el fiel ignora que existan religiones diferentes de la suya, ó si conoce la existencia de otros cultos, le parecen tan impuros y tan ridículos, que sus sectarios no pueden ser á sus ojos más que insensatos ó perversos. ¡Qué conmoción para las conciencias el día en que se llega á conocer que al lado del dogma que se creía único existen otros que pretenden también venir del cielo! La palabra de los *Tres Impostores*, que tanto preocupó á todo el siglo XIII y de la que la imaginación popular hizo un libro, es el resumen de esta primera incredulidad, proviniente del estudio de la filosofía árabe de un conocimiento bastante exacto del islamismo. El nombre de Mahoma hízose

casi sinónimo de impío, y cuando Orcagna en el infierno del Campo Santo de Pisa, quiere representar al lado de los heréticos á los despreciadores de todas las religiones, los tres personajes que escoge son Mahoma, Averroes y el Antecristo. La Edad Media no se quedaba á la mitad en sus cóleras: Mahoma fué á la vez un hechicero, un infame libertino, un ladrón de camellos, un cardenal que, no habiendo logrado ser papa, inventó una nueva religión para vengarse de sus colegas. Su biografía convirtióse en repertorio de todos los crímenes imaginables, hasta el punto de que las *historias de Baphomet*, fueron, como las de Pilatos, tema de anécdotas licenciosas. Los siglos XVI y XVII no se mostraron mucho más justos. Bibliander, Hottinger, Maracci no se atreven aún á ocuparse del Corán más que para refutarlo.

Prideaux y Bayle consideraron al fin á Mahoma como historiadores y no como controversistas; pero la falta de documentos auténticos les retuvo en la discusión de fábulas pueriles que hasta entonces habían hecho el gasto de la curiosidad del pueblo y de la cólera de los teólogos. El honor del primer ensayo de una biografía de Mahoma, según las fuentes orientales, corresponde á Gagnier. Aquel sabio fué conducido á pedir sus informes á Aboulfeda, y fué una verdadera fortuna. Es dudoso que la crítica hubiese sido en el siglo XVIII bastante hábil para apreciar la diferencia que hay que hacer, en cuanto al valor histórico, entre el relato de los historiadores árabes y las leyendas engendradas en las imaginaciones persas. Esta distinción capital que M. Caussin de Perceval es el único que ha observado bien, es verdaderamente hablando el nudo de todos los problemas relativos al origen del islamismo. Compuesto con arreglo á las fuentes árabes, tales como las biografías de Ibn-Hischam y de Aboulfeda, la vida de Mahoma es sencilla y natural, casi sin milagros; compuesta con arreglo á los autores turcos y persas, la misma leyenda aparece como un conjunto de fábulas absurdas del más pésimo estilo. Bien que las tradiciones de la vida de Mahoma no hayan comenzado á ser puestas en orden hasta los Abbasidas, los redactores de esta época se apoyaban ya sobre las fuentes escritas, cuyos autores mismos remontaban, citando sus autoridades, hasta los compañeros del profeta. Alrededor de la mezquita contigua á la casa de Mahoma había un banco en el cual habían fijado su domicilio hombres sin familia ni morada, que vivían de la generosidad del profeta y comían á menudo con él. Aquellos hombres, á los que se llamaba *gentes del banco (ahl-el soffa)* estaban reputados por conocedores de muchas particularidades de Mahoma, y sus recuerdos dieron origen á muchos relatos ó *hadith*. La misma fe musulmana se espantó de la multitud de los documentos así obtenidos: sólo seis fuentes legítimas de tradición fueron reconocidas, y el infatigable Bokhavi confiesa que, sobre los doscientos mil *hadith* que había recogido, sólo siete mil doscientos veinticinco le parecían de innegable autoridad.

La crítica europea podrá seguramente, sin incurrir en reproche de temeridad, proceder á una eliminación más severa aún. Sin embargo, no se puede negar que estos primeros relatos no nos presentan muchos rasgos de la fisonomía real del profeta, y no se distinguen de una manera bien marcada de las relaciones de las leyendas piadosas imaginadas únicamente para la edificación de los lectores. El verdadero monumento de la historia primitiva del islamismo, el Corán, permanece, por otra parte, absolutamente inatacable, y este monumento bastaría por sí solo, independientemente de los relatos de los historiadores, para revelarnos á Mahoma.

No veo en ninguna literatura un procedimiento de composición que pueda dar una idea exacta de la redacción del Corán. No es ni el libro escrito con ilación, ni el texto vago

é indeterminado que poco á poco llega á una lección definitiva, ni la redacción de las enseñanzas del maestro hecha según los recuerdos de sus discípulos; es la compilación de las predicaciones, y si se me permite decirlo, de las órdenes del día de Mahoma, llevando todavía la fecha del lugar en que aparecieron y la huella de la circunstancia que las provocó.

Cada una de aquellas piezas estaba escrita después de la *recitación* del profeta (1) sobre pieles, sobre omoplatos de carnero, huesos de camello, piedras pulimentadas, hojas de palmera, ó conservada de memoria por los principales discípulos, que se llamaban *portadores del Corán*. Hasta el kalifato de Abon-Bekr, después de la batalla de Yemâma, en la que pereció gran número de viejos mulsumanes, no se pensó en «reunir el Corán entre dos tablas» y en unir aquellos fragmentos sueltos y á menudo contradictorios. Es indudable que esta compilación, que dirigió Zeyd-ben-Thabet, el más autorizado de los secretarios de Mahoma, fué ejecutada con perfecta buena fe. No se intentó ningún trabajo de coordinación ó conciliación: se puso á la cabeza los trozos más largos; se reunió al final las *suras* (2), que tenían sólo algunas líneas, y el ejemplar tipo fué confiado á la custodia de Hafsa, hija de Omar, una de las viudas de Mahoma. Un segundo recuento tuvo lugar bajo el kalifato de Othman. En los ejemplares de las diferentes provincias se habían introducido algunas variantes de ortografía y de dialectos; Othman nombró una comisión, presidida también por Zeyd, para constituir definitivamente el texto según el dialecto de la Meca; después, por un procedimiento muy característico de la

(1) La palabra *coran* quiere decir *recitación*, y no evocaba ninguna idea análoga á la de *libro (kitâb)* de los judíos y de los cristianos.—*N. del A.*

(2) Es el nombre árabe de los capítulos del Corán.—*Nota del autor.*

crítica oriental, hizo recoger y quemar todos los otros ejemplares, á fin de poner término á toda discusión.

Así es como el Corán ha llegado hasta nosotros sin variaciones muy esenciales. Seguramente que tal modo de composición es á propósito para inspirar algunos escrúpulos. La integridad de una obra largo tiempo confiada á la memoria nos parece mal guardada. ¿No se han podido deslizar alteraciones é interpolaciones en las revisiones sucesivas? Algunos heréticos musulmanes han prevenido sobre este punto las sospechas de la crítica moderna. M. Weil, en nuestros días, ha sostenido que la revisión de Othman no fué puramente gramatical, como pretenden los árabes, y que la política tuvo en ella su parte, sobre todo con la mira de rebajar las pretensiones de Alí. Sin embargo, el Corán se presenta á nuestros ojos con tan poca coordinación, en tan completo desorden, con tan flagrantes contradicciones; cada uno de los fragmentos que lo componen lleva una fisonomía tan marcada, que nada podría, en sentido general, atacar su autenticidad. Tenemos en cuanto al islamismo la inmensa ventaja de poseer las piezas mismas de su origen, piezas muy sospechosas sin duda y que expresan mucho menos la verdad de los hechos que las necesidades del momento; pero por ello mismo preciosas á los ojos del crítico que sabe interpretarlas.

Quisiera llamar por un momento la atención de los pensadores sobre este extraño espectáculo de una religión naciente en pleno día, con plena conciencia de sí misma.

I

En general, la crítica debe renunciar á saber nada cierto sobre el carácter y la biografía de los fundadores de reli-

gión. Para ellos el tejido de la leyenda ha cubierto enteramente el de la historia. ¿Eran hermosos ó feos, vulgares ó sublimes? Nadie lo sabrá. Los libros que se les atribuye, los discursos que en su boca se pone, no son de ordinario otra cosa que composiciones más modernas, y nos revelan menos su manera de ser, que el modo cómo sus discípulos concebían el ideal. La misma belleza de su carácter no es la propia; pertenece á la humanidad, que los hace á su imagen. Transformada por esta fuerza incesantemente creadora, la más repugnante oruga podría convertirse en la más hermosa mariposa.

No sucede lo mismo con Mahoma. El trabajo de la leyenda ha quedado respecto á él, débil y sin originalidad. Mahoma es realmente un personaje histórico: por donde quiera le tocamos. El libro que con su nombre nos queda, conserva casi palabra por palabra sus discursos. Su vida resulta una biografía como cualquiera otra, sin prodigios, sin exageraciones. Ibn-Hischam, y, en general, los más antiguos de sus historiadores son escritores sensatos. Su tono es poco más ó menos el tono de la *Vida de los Santos*, escrita de una manera devota, pero razonable; y aun se podrían citar veinte leyendas de Santos, la de San Francisco de Asis, por ejemplo, que aparecen más míticas que la del fundador del islamismo.

Mahoma no quiso ser taumaturgo; no quiso ser más que profeta, y profeta sin milagros. Repite sin cesar que es un hombre como los demás, mortal como cualquier otro, sujeto al pecado y necesitado como cualquiera de la misericordia de Dios. En sus últimos días, queriendo ordenar su conciencia, predica. «Musulmanes—dice—si he golpeado á cualquiera de vosotros, he aquí mi espalda; que él me pegue. Si alguno ha sido ultrajado por mí, que me devuelva injuria por injuria. Si á alguno he arrebatado sus bienes, todo lo que yo poseo está á su disposición.» Se levantó un hombre del pueblo y

reclamó una deuda de tres dracmas. «Es preferible—dijo el profeta—la vergüenza en este mundo que en el otro», y satisfizo la deuda en el acto.

Esta extrema cordura, este buen gusto exquisito con que Mahoma comprendió su papel de profeta, le eran impuestos por el espíritu de su nación. Nada más inexacto que figurarse á los árabes antes del islamismo como una nación grosera, ignorante, supersticiosa: sería menester, al contrario, decir una nación refinada, escéptica, incrédula. He aquí un curioso episodio de los primeros tiempos de la misión de Mahoma, que da á comprender muy bien la indiferencia glacial que encontraba á su alrededor y la extrema reserva que le estaba impuesta en el empleo de lo maravilloso.

Estaba sentado en el atrio de la Caaba, á poca distancia de un corro formado por varios jefes koreischitas, todos adversarios de sus doctrinas. Otba, hijo de Rebia, uno de ellos, se le aproxima, se acomoda á su lado, y hablando en nombre de los otros: «Hijo de mi amigo—le dijo—eres un hombre distinguido por tus cualidades y tu nacimiento. Bien que traigas la perturbación á la patria, la división á las familias, que ultrajes nuestros dioses, que taches de impiedad y de error á nuestros antepasados y á nuestros sabios, queremos usar de miramientos contigo. Escucha dos proposiciones que tengo que hacerte, y reflexiona si te conviene aceptar alguna.»—«Habla—dijo Mahoma,—te escucho.»—«Hijo de mi amigo—repuso Otba;—si el móvil de tu conducta es adquirir riquezas, nos pondremos á contribución todos para hacerte una fortuna más considerable que la de ningún koreischita. Si ambicionas honores, te erigiremos en nuestro jefe y no tomaremos resolución alguna sin tu parecer. Si el espíritu que te aparece se adhiere á tí y te domina de manera que no puedas sustraerte á su influencia, haremos venir médicos hábiles y les pagaremos para que te curen.»—«No estoy

ávido de bienes ni ambicioso de dignidades, ni poseído por espíritu maligno—respondió Mahoma.—Yo soy enviado por Allah, que me ha revelado un libro y me ha ordenado anunciaros las recompensas ó los castigos que os aguardan.»—«Pues, bien, Mahoma—le dijeron los koreischitas;—puesto que no aceptas nuestras proposiciones y te pretendes enviado de Allah, danos pruebas evidentes de tu calidad. Nuestro valle es estrecho y estéril; obtén de Dios que lo ensanche, que aleje las dos cordilleras de montañas que lo estrechan, que haga correr por él ríos semejantes á los ríos de Siria y de Irak, ó bien que haga salir de la tumba algunos de nuestros antepasados, y entre ellos á Cosray, hijo de Kilab, aquel hombre cuya palabra tenía tanta autoridad; que esos ilustres muertos, resucitados, te reconozcan por profeta y nosotros te reconoceremos también.»—«Dios—respondió Mahoma—no me ha enviado á vosotros para eso: me ha enviado tan sólo para predicar su ley.»—«A lo menos—replicaron los koreischitas—pide á tu señor que haga aparecer uno de sus ángeles para atestiguar de tu veracidad y ordenarnos que te creamos. Pídele también que manifieste ostensiblemente la elección que de tu persona ha hecho, dispensándote de buscar la ordinaria subsistencia en los mercados como el más ínfimo de tus compatriotas.»—«No—dijo Mahoma,—no le dirigiré semejantes demandas; mi deber es sólo predicaros.»—«Pues, bien, que tu señor haga caer el cielo sobre nosotros, como tú pretendes que es capaz de hacerlo, pues nosotros no te creeremos.»

Ya se ve que un budha, un hijo de Dios, un taumaturgo de alto alcance, estaban por encima del temperamento de aquel pueblo. La extremada sutileza del espíritu árabe, la manera franca y clara con que se coloca en lo real, el libertinaje de costumbres y de creencias que reinaba en la época del islamismo, imponían cierta contención al nuevo profeta. La Arabia carece completamente del elemento que engendra el misticismo y la mitología. Las naciones semíticas, cuando menos aquellas que han permanecido fieles á la vida patriarcal y al espíritu antiguo, no han comprendido jamás en Dios la variedad, la pluralidad, el sexo. La palabra *diosa* sería en hebreo el barbarismo más horrible. De ahí el rasgo tan característico de que no hayan tenido jamás ni mitología ni epopeya. La manera clara y sencilla como ellos conciben á Dios separado del mundo, no engendrando, no siendo engendrado, no teniendo semejante, excluía esos grandes adornos, esos poemas divinos en que la India, Persia y Grecia han desarrollado su fantasía. Representando la mitología el panteísmo en religión, no es posible más que en la imaginación de un pueblo que deja flotar indeciso los límites de Dios, de la humanidad y del universo; ahora bien, el espíritu más distante del panteísmo es seguramente el espíritu semítico. La Arabia, en particular, había perdido ó tal vez no había tenido jamás el don de la invención sobrenatural. Apenas se encuentra en todos los Moallakat y en el vasto repertorio de la poesía anteislámica un pensamiento religioso. Aquel pueblo carecía del sentido de las cosas santas; pero en revancha tenía un sentimiento muy vivo de las cosas finitas y de las pasiones del corazón humano.

He aquí por qué la leyenda musulmana, fuera de Persia, ha quedado tan pobre, y por qué el elemento mítico es allí absolutamente nulo. Sin duda la vida de Mahoma, como la de todos los grandes fundadores, se ha rodeado de fábulas; pero estas fábulas no han alcanzado alguna sanción más que entre los Schütes, dominados por el giro de la imaginación persa. Lejos de que tengan en el fondo algo de islamismo, no deben ser consideradas más que como escorias accesorias, toleradas más bien que consagradas y muy análogas á la mitología de baja estofa de los libros apócrifos que la Iglesia no ha adop-

tado jamás abiertamente ni severamente proscrito. ¿Cómo la imaginación popular no habia rodeado de algunos prodigios una existencia tan extraordinaria? ¿Cómo la infancia sobre todo, tema tan favorable para las leyendas, no había tentado á los narradores? A creerles, la noche en que nació el profeta, el palacio de Chosroes fué conmovido por un temblor de tierra, el fuego sagrado de los magos se extinguió, se desecó el lago de Sawa, desbordóse el Tigris, y todos los ídolos del mundo cayeron de cara contra el suelo. Estas tradiciones, no obstante, no se elevan jamás á la altura de una leyenda consagrada, y en suma, los relatos de la infancia de Mahoma, á pesar de algunas manchas, continúan siendo una página encantadora de gracia y naturalidad. Para apreciar mejor esta sobriedad daré aquí una muestra de cómo la India sabe celebrar el nacimiento de sus héroes.

Cuando las criaturas saben que Budha va á nacer, todas las aves del Himalaya acuden al palacio de Kapila y se posan cantando y batiendo las alas en las azoteas, en las balaustradas, en los arcos, en las galerías, en los tejados del palacio; los estanques se cubren de lotus; en las casas, aunque se emplee abundantemente la manteca, el aceite, la miel, el azúcar, parecen siempre intactos; los tambores, las arpas, las tiorbas, los címbalos dan sin ser tañidos sonidos melodiosos. Los dioses y los solitarios acuden de cada uno de los diez horizontes para acompañar á Budha. Budha desciende acompañado de centenares de millones de divinidades. En el momento en que desciende, los tres mil grandes millares de regiones del mundo son iluminadas de un inmenso resplandor que eclipsa el de los dioses. Ningún ser experimenta terror ni sufrimiento. Todos experimentan un infinito bienestar, y no tienen más que pensamientos afectuosos y tiernos. Centenares de millones de dioses con manos, hombros, cabeza, sostienen y llevan el carro de Budha. Cien mil *apsaras* con-

ducen hacia adelante, hacia atrás, á derecha y á izquierda los coros y músicos, y cantan las alabanzas de Budha. En el momento que va á salir del seno de su madre, todas las flores abren su cáliz; árboles jóvenes se elevan del suelo y entreabren sus botones; aguas olorosas corren por todas partes; de las vertientes del Himalaya bajan los leoncillos gozosos á la villa de Kapila y se detienen en las puertas sin hacer mal á nadie. Quinientos jóvenes elefantes blancos vienen á tocar con sus trompas los pies del rey, padre de Budha; los hijos de los dioses, adornados de cinturones, aparecen en el departamento de las mujeres, yendo y viniendo en todas direcciones; las mujeres de los *nagas*, descubiertas hasta mitad de cuerpo, aparecían flotando en los aires; diez mil hijas de los dioses, empuñando abanicos de cola de pavo real, cruzaban por el firmamento; diez mil urnas llenas aparecían rodeando la gran ciudad de Kapila; cien mil hijas de los dioses, llevando pendientes del cuello conchas, tambores, tamboriles se dejaban ver inmóviles; los aires retenían su soplo; los ríos y riachuelos detenían su marcha; el sol, la luna y las estrellas suspendían su movimiento. Una luz de cien mil colores, que derramaba el bienestar en el cuerpo y en el espíritu, difundíase por doquier. El fuego no quemaba. De las galerías, de los palacios, de las azoteas, de las arcadas, de las puertas pendian las sartas de perlas y piedras preciosas. Las cornejas, los buitres, los lobos, los chacales cesaban en sus gritos; sólo se oyen sonidos dulces y agradables. Todos los dioses de los bosques de Salas, sacando á medias sus cuerpos del follaje, mostrábanse inmóviles é inclinados. Parasoles grandes y pequeños se despliegan de todos lados en los aires. La reina, mientras tanto, avanza en el jardín de Loumbini. Un árbol se inclina y la saluda; la reina coge una rama de él, y dirigiendo la vista al cielo con gracia, bosteza, quedándose luego inmóvil. Budha brota de su lado derecho sin herirla; un

loto blanco horada la tierra y se abre para recibirle; del cielo desciende un parasol para cubrirle; un río de agua fría y otro de agua caliente se precipitan para bañarle, etc.

He aquí lo que se llama decentar atrevidamente la leyenda y no regatear el milagro. La Arabia había llegado á un refinamiento intelectual demasiado grande para que pudiera formarse allí una leyenda sobrenatural de este estilo. La única vez que Mahoma quiso permitirse una imitación de los caprichos trascendentes de las otras religiones, en su viaje nocturno á Jerusalén sobre un animal fantástico, la cosa le salió todo lo mal imaginable: este relato fué acogido con una tempestad de chanzas; varios de sus discípulos abjuraron y el profeta se dió prisa á retirar su enojosa idea, declarando que aquel maravilloso viaje, presentado al principio como real, no había sido más que un sueño. Toda la leyenda árabe de Mahoma, tal como se lee en Aboulfeda, por ejemplo, se limita á algunos relatos muy sobriamente inventados. Se procura ponerle en relación con los hombres ilustres de su tiempo y de la generación precedente; se hace profetizar su misión por personajes venerados. Cuando recorría las soledades próximas á la Meca, embebido en su pensamiento, oía voces que le decían: «¡Salud, apóstol de Dios!» Se volvía y no veía más que árboles y rocas. Después de su huída de la Meca se refugió en una caverna: sus enemigos van á penetrar en ella cuando observan un nido en el que una paloma había depositado sus huevos y una red de tela de araña que cerraba el camino. Su camella estaba inspirada, y cuando los jefes de las tribus iban á coger la brida de su montura para ofrecerle hospitalidad, decía: «Dejadla andar, es la mano de Dios la que la guía.» Su sable también hace algunos milagros. Al terminar una batalla se había sentado aparte al pie de un árbol, teniendo sobre las rodillas el arma, cuya empuñadura era de plata. Un beduino enemigo le distinguió; se aproxima, y fingiendo que le atrae un simple motivo de curiosidad:—«Permite—le dijo—que examine tu sable.» Mahoma se lo presentó sin desconfianza. El árabe lo coge, lo desenvaina y va á herir; pero el sable se niega á obedecer.

Todos los prodigios de su vida son tan transparentes; ni él mismo sabía inventar nada nuevo en aquel género. El ángel Gabriel pagaba todos los gastos de sus milagros; parece que no conociera otra máquina. Sólo la batalla de Bedr ofrece algunos ejemplos de la gran creación maravillosa inventada sobre el terreno. Una legión de ángeles combatía por los musulmanes. Un árabe que se había colocado en las montañas de los alrededores, vió aproximársele una nube y del seno de ella oyó salir relinchos de caballos y una voz que decía: «¡Adelante, Hayzoum!» (Este es el nombre del caballo del ángel Gabriel). Un musulmán refirió que persiguiendo á un Mequés, sable en mano, había visto caer al suelo la cabeza del fugitivo antes de que el sable le hubiera alcanzado: dedujo de ello que la mano de un enviado celestial había dirigido la suya. Otros afirman haber visto claramente á los ángeles con sus turbantes blancos, uno de cuyos extremos flotaba sobre la espalda mientras que Gabriel, su jefe, tenía la frente ceñida con un turbante amarillo.

Cuando se conoce el estado de excitación en que se ponen los árabes antes y durante la batalla, y cuando se piensa que aquella jornada fué el primer arranque del entusiasmo musulmán, bien lejos de maravillarse de que tales relatos hayan encontrado crédito, causa sorpresa que el cerebro de los combatientes de Bedr no haya engendrado más que tan sobrias maravillas.

En una época mucho menos moderna y bajo la influencia de razas extrañas á la Arabia, la leyenda de Mahoma se ha complicado, lo sé, con circunstancias maravillosas que la aproxi-